

Ricardo Sidicaro

La cuarta elección kirchnerista

Ricardo Sidicaro

Sociólogo.

Investigador Principal Conicet,
Instituto de Investigaciones Gino Germani,
Universidad de Buenos Aires

I

En este breve artículo analizaremos algunos aspectos cualitativos de las elecciones realizadas el 28 de junio de 2009, a partir de un marco conceptual que resalta los efectos de la situación de desarticulación política imperante en la Argentina en el último decenio. Por tratarse del cuarto proceso comicial del período iniciado en 2003, cuyo lugar central fue ocupado por el kirchnerismo, para su mejor inteligibilidad lo compararemos sumariamente con los tres precedentes. La observación general que constituye nuestro punto de partida se resume diciendo que la situación de desarticulación política le permitió a Néstor Kirchner acceder a la presidencia en 2003 contando con un escaso capital electoral, sólo en parte de origen peronista. En los dos años siguientes sus iniciativas gubernamentales operaron como un polo de atracción de apoyos sociales y políticos provenientes de actores cuyos intereses materiales o simbólicos distaban de ser los mismos, predominando aquellos de tradición peronista. En 2007 el kirchnerismo coronó sus éxitos al triunfar la candidatura de Cristina Fernández con sufragios casi exclusivamente de orientación peronista. Los comicios de 2009 mostraron cómo la des-articulación política generó efectos centrífugos en el seno del conglomerado kirchnerista, ya que distintos núcleos de dirigentes peronistas se separaron del mismo e impulsaron propuestas electorales de oposición al gobierno.

II

Por desarticulación política entendemos el complejo proceso por el cual los partidos políticos pierden consistencia interna, se dividen, se desdibujan sus identidades históricas, perdiendo la adhesión de electores que anteriormente los habían apoyado. Considerada la dinámica del sistema político en su conjunto, no se registra un desinterés por las cuestiones públicas y esto se revela en las persistentes críticas morales a los partidos y a sus dirigentes provenientes de sectores influyentes de la ciudadanía. En este sentido puede decirse que al mismo tiempo que se establece la distancia con los partidos, en la población aumenta la desconfianza con el modo en que se toman las decisiones que atañen a la cosa pública. Ralf Dahrendorf, pensando en el caso europeo, decía que la forma de operar de los partidos suscitaba en la población una apatía que aún cuando no llevaba a las personas a la abstención electoral se expresaba en el descreimiento en el valor del voto. La desconexión entre representantes y representados no es, por cierto, un fenómeno ajeno a las condiciones normales de funcionamiento de los regímenes democráticos, pero la desarticulación política tal como aquí la planteamos supone un salto cualitativo al respecto. En la medida que en el seno de las dirigencias partidarias se debilitan las pautas normativas que unían a sus miembros en tanto comunidad de sentido, la insatisfacción con los lugares ocupados y con las gratificaciones materiales y simbólicas obtenidas hace que se multipliquen los conflictos internos. Para decirlo en clave durkheimniana, la situación de anomia reinante en los micro-

mundos partidarios convierte en ilimitados los deseos y aspiraciones de quienes los integran y las luchas intestinas se generalizan junto con el eclipse de los objetivos en común. Cuando los partidos funcionan de un modo normal sus integrantes aceptan la existencia de un *cursus honorum* que los habilita a escalar en la carrera política, pero con la desestructuración de los sustratos organizativos se cuestiona cualquier liderazgo y se multiplican los actores dispuestos a convertirse en promotores de escisiones en nombre de intereses de micro-grupos o personales. Por otra parte, el campo político queda abierto a las influencias de los más disímiles tipos de *outsiders* que hacen valer capitales acumulados en otras esferas de la práctica social, desde los negocios al *music hall*. Sin disponer de recursos económicos para financiar campañas electorales ni de ámbitos técnicos de producción de proyectos de gobierno, aparecen candidatos con escasa o nula historia política que recurren a *sponsors* empresarios que no sólo les proveen fondos sino, además, de programas gubernamentales. En el extremo, el caso italiano mostró cómo el mundo de los negocios podía instalarse directamente en el centro del poder estatal con Silvio Berlusconi, y completar una verdadera "invasión del campo político". como dice Carlo Carbon.¹ Es interesante constatar que los francotiradores que en nombre de la crítica a los viejos partidos surgieron en los últimos años en muchos países contaron, por lo general, con la colaboración de hombres de segunda línea de los aparatos partidarios en crisis que actuaron con los *habitus*, o sistemas de predisposiciones,

adquiridos en ellos. Por eso más que agentes de renovación política fueron reproductores de la desarticulación que les había facilitado el acceso a las cúspides estatales, gozando de mucha más autonomía que sus predecesores con respecto a los representados y justificando en muchos casos el personalismo de sus decisiones en la necesidad y urgencia de impedir el retorno del pasado. Esos *habitus* incidieron, entre otros factores, en la conservación de la apatía de quienes esperaban la mejora de la calidad de la vida política.

III

En la Argentina, el punto de hartazgo de la ciudadanía pareció llegar en diciembre de 2001 cuando el reclamo de renovación de las prácticas políticas suscitó las movilizaciones sociales que precipitaron la renuncia de las autoridades nacionales, iniciando un período en el que la distancia de las dirigencias políticas con respecto a la sociedad se profundizó notablemente. En la cumbre de los aparatos estatales, en nombre justamente de la situación de crisis en que se vivía, el poder de decisión se concentró en unas pocas personas mientras que en la oposición surgieron los jefes sin partido acompañados de pequeños séquitos sin mayores vínculos reales con la sociedad. No sólo se incrementó la personalización del poder sino que en las condiciones de fragmentación reinantes la aparición de figuras carismáticas no fue posible. Los promotores del kirchnerismo captaron la realidad cuando en la plataforma electoral

del Frente para la Victoria resumieron las líneas fundamentales de una futura acción de gobierno proclamando como imprescindible tener la "convicción y capacidad para unir los pedazos de una sociedad fragmentada y la voluntad de hacerlo, no desde un sólo partido político, sino desde la conformación de un gran frente nacional". En las elecciones de 2003 la des-articulación política presentó su forma más evidente en las divisiones tanto de los peronistas como de los radicales. La alianza Duhalde-Kirchner, concitó más adhesiones en tanto polo antimememista que por sus anuncios programáticos poco difundidos. El nuevo gobierno emprendió con decisión la voluntad de *unir pedazos* y poco a poco consiguió ampliar su limitada legitimidad electoral yuxtaponiendo las adhesiones de fragmentos sociales y políticos con los que establecía relaciones. Los más reacios a aceptarlo fueron, en principio, los sectores del peronismo tradicional alarmados por los aspectos posperonistas del discurso oficial. En cambio, las con-vocatorias hechas a otros sectores revelaron mayores éxitos.

La política pensada desde el poder como sistema de intercambios, tuvo buena acogida en los dos extremos de la estructura social: los empresarios celebraban las ganancias incrementadas con la devaluación mientras que los excluidos sociales veían mejorar su situación con las políticas de asistencia social. En el plano de los bienes simbólicos, las iniciativas en materia de derechos humanos y de castigo a los responsables de la represión dictatorial satisfacían los reclamos ético-políticos de los sectores progresistas. La nece-